

Al borde del siglo XXI, Chile enfrenta un momento crucial de su historia.

Después de dejar atrás el largo período de la dictadura ahora avanzamos en el curso de la democracia, al mismo tiempo que crece la economía y se desarrollan políticas con mayor sentido de equidad.

Después de un tiempo de profundas divisiones, la sociedad chilena goza ahora de algunos consensos básicos, al mismo tiempo que ha iniciado, por el camino de la verdad y la justicia, la larga marcha hacia la reconciliación nacional.

Después de apartarse de los valores y las prácticas compartidos por la comunidad internacional, ahora se halla plenamente inserta en medio de las naciones habiendo superado el aislamiento político y cultural que le impuso el régimen militar.

Sobre todo, Chile ha vuelto a encontrarse con las mejores vertientes de su propia historia y ha consolidado una nueva forma de hacer Gobierno. Un gobierno con vocación nacional, basado en una amplia concertación de partidos que representan a la mayoría del país, respetuoso de los derechos de las personas, con sentido

de futuro, empeñado en desarrollar acciones eficaces, que no cede al populismo ni se satisface con sólo conservar lo existente.

Las fuerzas progresistas de Chile, en primer lugar el Partido Socialista y el PPD, forman parte de este Gobierno de amplia concertación. Su participación en funciones decisivas de conducción del país, dentro del primer Gobierno elegido tras el rechazo a la prolongación de la dictadura, es el más claro testimonio que los diez y siete años de represión y exclusión no pudieron borrar de la conciencia nacional la presencia de nuestros ideales y la fuerza de nuestras convicciones.

Hemos asumido con responsabilidad y eficacia el desafío de gobernar. A lo largo del país, hombres y mujeres de nuestras filas han servido con lealtad al país y al Gobierno de la Concertación, destacándose por su apoyo al programa compartido, por la claridad de su compromiso y por la eficiencia de su actuación.

Cumplida la primera y crucial etapa de ingreso a la democracia, nos preparamos ahora para avanzar resueltamente hacia el futuro.

Lo hecho hasta aquí fortalece nuestras posiciones y expectativas al servicio del país.

En medio de un mundo que ha cambiado vertiginosamente, nosotros hemos renovado nuestro ideario y tenemos hoy un conjunto de ideas y propuestas que ofrecer al país y a los partidos que con nosotros forman la Concertación.

Quizá como ningún otro sector de la sociedad chilena estamos mirando al futuro y hemos asumido los desafíos que Chile tiene por delante. Como ninguno otro hemos reflexionado críticamente sobre nuestra historia, hemos hecho el balance del dolor y la experiencia, y hemos aprendido a conjugar en democracia nuestro compromiso con ideales de cambio impulsados con eficacia, gradualmente y con apoyo de amplios consensos.

Nuestro proyecto de nación, nuestra respuesta frente a las demandas del futuro, se articula en torno a una idea fundamental: desarrollar nuestras propias capacidades como país para crecer, superar la pobreza y establecer niveles crecientes de equidad.

El nuestro, por tanto, es un proyecto de país y no de minorías, ni de clase, ni centrado unilateralmente en una sola dimensión de la sociedad, sea el Estado, el mercado o la seguridad nacional.

En efecto, estamos convencidos que en las actuales condiciones del

mundo el desarrollo es, antes que todo, el resultado de las capacidades que el país logre crear y movilizar tras metas compartidas. Por el contrario, si sólo pusiéramos en juego las capacidades que tenemos, sin expandirlas y fortalecerlas, junto con crear continuamente nuevas capacidades, entonces no podríamos avanzar con la rapidez necesaria ni lograríamos abordar con éxito los desafíos del próximo siglo.

En cambio, si hiciéramos como insisten en hacer algunos neoliberales que nada aprendieron de las experiencias ya superadas de Reagan y Thatcher en sus países, y nos propusiéramos como objetivo principal des-regular a la sociedad para así dejarla liberada a los mercados esperando que éstos hagan el milagro de convertir la pobreza en riqueza, entonces terminaríamos por destruir el tejido social y en concentrar en torno a unos pocos los recursos y capacidades, dejando a la mayoría entregada a su suerte. Allí están para demostrarlo las profundas convulsiones y debilidad que experimentan hoy las sociedades que se embarcaron en esa aventura.

O bien, si sólo atendiéramos a la acción del Estado, suponiendo que éste debe comandar hasta el detalle la economía, la sociedad y la cultura mediante disposiciones administrativas y burocráticas,

terminaríamos por ahogar la creatividad e iniciativa de la sociedad y sus miembros, que tan urgentemente necesitamos para desarrollar nuestras capacidades y fortalecer en todos los planos la actividad y coordinación social.

El sentido más original de nuestros ideales reside por eso en esa idea a la vez libertaria, democrática y de profundo sentido de equidad que consiste en buscar, crear, impulsar, fortalecer y desarrollar nuestras capacidades como individuos y como sociedad para así poder extender la democracia, acelerar nuestro crecimiento, superar la pobreza y forjar una sociedad donde todos puedan aspirar a ejercer sus talentos y a realizar sus derechos.

Se trata, antes que de cualquiera otra cosa, de poner a las personas en capacidad de expresarse, de trabajar y de organizarse, para así poder contribuir con su imaginación e iniciativa a la política, a la economía, a la sociedad y a la cultura.

Para lograr ese fin, la educación, en todas sus dimensiones y formas, juega un papel crucial. La capacidad de una sociedad para gobernarse democráticamente, para desarrollar sus fuerzas productivas y su cultura, y para poder insertarse competitivamente en el mundo depende hoy, cada vez más, de la distribución y la

calidad de sus procesos educacionales, sea en la escuela, las universidades, los institutos técnicos, las organizaciones vecinales, los sindicatos y las empresas. Estamos lejos todavía, incluso más, estamos recién al comienzo, de la gran empresa de transformación de nuestro sistema educacional para ponerlo a tono con las exigencias del mundo contemporáneo y para extraer de él todos los recursos de conocimiento y destrezas que serán necesarios si queremos abordar con éxito los desafíos del futuro.

El desarrollo de nuestras propias capacidades como nación depende, enseguida, de la fortaleza, flexibilidad, potencial innovativo y niveles de equidad que logre proporcionar su aparato productivo. Cuando decimos que el país necesita sostener una política macroeconómica sana; apoyar vigorosamente a sus empresas; crear nuevas relaciones entre los trabajadores, sus sindicatos y la gerencia; aumentar las tasas de ahorro; incorporar progreso técnico y agregar conocimientos a la producción; elevar la productividad y mejorar la gestión; abrirse al mundo y competir, estamos precisamente subrayando las condiciones que son imprescindibles para expandir nuestras capacidades de crecimiento y así poder crear una sociedad equitativa e integrada, que deje atrás la pobreza y la explotación.

Asimismo, nuestras capacidades como país necesitan expresarse en una institucionalidad política que sea sólidamente democrática, de manera de adaptarse a los cambios e impulsarlos. La riqueza de la democracia está, sobre todo, en la la fortaleza de la sociedad civil, en la libertad con que los individuos ejercen sus derechos ciudadanos y en la pluralidad de los grupos, asociaciones y organismos que conforman el tejido vivo de una comunidad. Es a partir de esa riqueza, base de cualquiera democracia, que se conforman sus instituciones políticas, asegurando la participación de la gente, garantizando sus derechos y dotando al país de una forma eficaz de gobierno. Nuestra democracia adolece de importantes defectos que es imperativo superar en el próximo futuro: unos provienen del legado autoritario, otros se originan en la falta de modernización del Estado. Si queremos expandir las capacidades democráticas de la nación --y necesitamos hacerlo para poder mejorar la calidad de nuestras instituciones políticas y su eficacia-- necesitamos corregir esa herencia autoritaria y reformar las estructuras del Estado. Si queremos tener sentido de país, un proyecto de largo alcance y estrategias de desarrollo necesitamos un Estado moderno, descentralizado, ágil, con cuadros profesionales estables cuya actividad sea evaluada y que respondan por sus resultados. Una cuestión clave en este ámbito consiste en proseguir, hasta completarla, la redefinición del papel de las

Fuerzas Armadas. Su función profesional debe ser el único eje de las Fuerzas Armadas, subordinadas a la autoridad civil y sujetas, como cualquiera otra institución del Estado, al control de los órganos democráticos que expresan la soberanía del pueblo. Sólo así podrá asegurarse su desarrollo estable, al margen de los vaivenes de la política y con pleno sentido de su misión profesional. En fin, es la democracia que proporciona a las Fuerzas Armadas la legitimidad de su rol, y no éstas las que pueden aspirar a dotar de legitimidad a la función política. Esta reside, a fin de cuentas, única y exclusivamente en la soberanía del pueblo y en los órganos que la expresan.

El proceso de creación y desarrollo de nuestras propias capacidades abarca también la esfera cultural, dimensión inherente a todas las actividades de la sociedad. En efecto, allí se hallan depositados y se manifiestan los valores plurales de nuestra convivencia, los sueños e ideales de los diversos grupos y generaciones, las formas de vida y los símbolos variados de nuestra identidad; en fin, nuestras maneras de ser, de apreciar y de participar en la historia. En este ámbito se expresa, en última instancia, lo que somos capaces de hacer con nuestra libertad. De allí que en la esfera de la cultura se hallen comprometidos los juicios más vitales sobre el futuro que buscamos construir en conjunto, sobre

las opciones morales que agitan a la sociedad, sobre su relación con el medio ambiente y los demás pueblos del mundo, sobre las maneras de educar a nuestros hijos y dar sentido a la escuela, sobre las convicciones más íntimas que cada uno desarrolla, sobre las maneras de ejercer y respetar la autonomía de toda conciencia individual y sobre los riesgos de la libertad y los compromisos que supone cualquiera convivencia civilizada. Desarrollar nuestras capacidades en cualquiera de estos planos requiere, por tanto, fundar acuerdos básicos de índole ético-intelectual y expresarlos mediante consensos que enriquezcan la libertad, la pluralidad de nuestras formas de convivencia y el orden que aspiramos a compartir para dar seguridad y calidad a la vida y proyección a sus inagotables sueños.

-----o-----

Pues también de los sueños vivimos que nacen de nuestros ideales y experiencias, del diálogo entre las diversas concepciones y aspiraciones que conforman la cultura contemporánea de nuestro sector al que convergen diversas tradiciones de pensamiento, inspiraciones políticas y vertientes de la política nacional. Nos somos, y en esto nos parecemos al país, árbol de un sola rama. Somos, más bien, variedad que crece en torno a un tronco común, que

es nuestro eslabón de continuidad con el ideal de cambiar la vida para hacerla mejor, más vivible y plena para todos. Por eso podemos decir que no hemos renunciado al fondo más irreductible de nuestro compromiso: hacer del país un hogar para todos, erradicar de su seno la pobreza que todavía atenaza a tantos, crear un mundo de relaciones más fraternales y luchar, donde se pueda, contra la injusticia, la explotación y la alienación.

Pero no queremos soñar solamente, restándonos al esfuerzo por cambiar las condiciones en que vivimos, justo ahora que el mundo ha entrado en una fase de enormes transformaciones.

Por eso reclamamos el derecho, propio de los iguales, a aportar nuestras ideas y nuestros ideales, a participar en su materialización y a ejercer las tareas y posiciones que determine la voluntad popular. No queremos ni pedimos fueros especiales; no nos interesan las hegemonías. Sólo ofrecemos trabajar en la tarea común, junto a los hombres y mujeres de la Concertación.

Queremos proyectar la Concertación más allá de su primera y exitosa experiencia de Gobierno, bajo el Presidente Aylwin. Precisamente por eso buscamos redefinir sus bases para una nueva etapa, sin limitar ninguna de sus posibilidades y potencialidades.

Queremos aportar nuestras propuestas a un común proyecto programático, incorporando allí como eje articulador la idea que para crecer, superar la pobreza y establecer niveles crecientes de equidad, necesitamos desarrollar nuestras propias capacidades como país. Además, vamos a aportar nuestro trabajo leal, la fuerza de nuestra experiencia, y la vitalidad de nuestro sector político y cultural que aspira a representar los ideales de una democracia moderna, cada vez más abierta a los requerimientos de la equidad y la libertad.

Nadie debiera por eso mismo confundirse ni confundir lo importante con lo secundario, lo pasajero con lo permanente: vamos a fortalecer la Concertación; vamos a ampliar su base de sustentación; vamos a enriquecer su ideario y programa, su plataforma de conducción y gestión. Y vamos a ofrecerle al país, a través de la Concertación, la renovada fuerza que necesitamos para creer en nosotros mismos, proyectarnos al futuro y construir el país de justicia, libertad y oportunidades efectivas que podemos forjar si ponemos en tensión todas nuestras capacidades.